

El ḥθος del orador: Aristóteles, Dionisio de Halicarnaso y Lisias

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA †

Universidad Nacional Autónoma de México
paolav@servidor.unam.mx

[RESUMEN: En este artículo se analizan los términos ḥθος y πρόσωπον, según Aristóteles y Dionisio de Halicarnaso, a fin de proponer que, de acuerdo con el carácter del orador, la acción constituye una progresión psicológica; tal hipótesis se exemplifica, a modo de prueba, en el discurso III de Lisias.]¹

* * *

[ABSTRACT: In this article we analyze the concepts ḥθος and πρόσωπον as found in Aristotle and Dionysus of Halicarnassus in order to propose that, according to the orator's character, the action establishes a psychological progression. An example of such hypothesis can be found in Lysias III.]

¹ La Redacción es responsable de los resúmenes de este artículo.

PALABRAS CLAVE: Aristóteles, carácter dramático, Dionisio de Halicarnaso, ḥθος, Lisias, retórica.

RECEPCIÓN: 13 de diciembre de 2006.

ACEPTACIÓN: 30 de abril de 2007.

El ἄρθρος del orador: Aristóteles, Dionisio de Halicarnaso y Lisias

Paola VIANELLO DE CÓRDOVA †

Al estudiar los discursos de Lisias con fines hermenéuticos, se llega inevitablemente a reconocer la validez de aquel juicio de Dionisio de Halicarnaso, según el cual “en ese orador es simplemente imposible encontrar a un personaje desprovisto de carácter y de vida” (*De Lys.*, 8: ἀπλῶς γὰρ οὐδὲν εὑρεῖν δύναμαι παρὰ τῷ ρήτορι τούτῳ πρόσωπον οὔτε ἀνηθοποίητον οὔτε ἄψυχον). Esto sucede no sólo por momentos, en detalles y circunstancialmente en un discurso, como ha sido señalado por más de un estudiioso,¹ sino también siguiendo al sujeto hablante, al “personaje” de Lisias, en el desarrollo de todo su discurso, desde el principio hasta el final.

En este trabajo, nos limitaremos a considerar el discurso III de Lisias. En él hemos encontrado un gran realismo y movimiento en la manera como el orador se presenta y expone ante el jurado, en el tribunal donde se le juzga. Por tales motivos hemos querido estudiar cómo un filósofo de la talla de Aristóteles, que teoriza sobre el arte retórico, teniendo a la vista y como ejemplos también los discursos de logógrafos como Lisias, o bien de un crítico literario cual Dionisio de Halicarnaso, quien precisamente juzga el arte y el estilo de Lisias, han percibido y descrito este aspecto —el movimiento— de la tan celebrada etopeya del meteco ateniense de familia siracusana.

¹ Entre otros, consideraremos en particular a S. Usher, “Individual Characterization in Lysias”, *Eranos*, 63, 1965, pp. 99-119.

Concretamente, del movimiento del carácter ($\eta\thetao\varsigma$) de los oradores, como resultado del montaje “cinético” o “cinematográfico” de momentos sucesivos de sus pensamientos o actos, descritos o expuestos en el discurso, no se habla en dichas fuentes. No se habla, por tanto, de progresión psicológica del sujeto hablante, o personaje principal del discurso. ¿Tenía acaso Lisias la voluntad artística de representar la psicología de su cliente? ¿Tenía él conciencia de lo que llamamos psicología o se limitaba a reproducir tipos generales, como opinaron durante mucho tiempo los estudiosos de este logógrafo que intentaron definir su famosa $\eta\thetao\piotí\alpha$? ¿Este aspecto psicológico, entonces, pertenecería, más bien, al bagaje cultural y a los intereses de la hermenéutica contemporánea? En fin, ¿cómo podemos afinar nuestra comprensión del término “caracterización individual” con que S. Usher, ya citado, ha querido interpretar el de $\eta\thetao\piotí\alpha$ lisiana y al cual nos adherimos, en lo general, con la mayoría de los estudiosos más recientes? Esto es lo que intentaremos explorar enseguida.

Definida por Aristóteles como “la facultad de considerar en cada caso lo que cabe para persuadir”,² la retórica tiene como valor y objeto fundamental de estudio la persuasión. Para ella, el manejo argumentativo de un asunto, desde el punto de vista del contenido y de la forma al mismo tiempo, así como la atención que hay que prestar al auditorio, son elementos de importancia decisiva, tal como es posible apreciar en particular en los discursos judiciales y *demagóricos* que se conservan de los principales oradores áticos, y sobre todo en aquéllos de Lisias, quien, habiendo perdido sólo dos casos procesales en toda su vida, según la tradición, debió resultar un logógrafo muy persuasivo en los discursos que escribió para sus clientes.

Ahora bien, las pruebas por persuasión que se pueden obtener mediante el discurso, esto es, las pruebas técnicas o $\pi\acute{o}stei\varsigma$

² *Rhet.*, I, 2, 1355b 25-26.

ἔντεχνοι, como se sabe, son de tres especies según Aristóteles “unas residen en el *carácter* del que habla (ἐν τῷ ἡθεὶ τοῦ λέγοντος), otras en predisponer al oyente de alguna manera (ἐν τῷ τὸν ἀκροατὴν διαθεῖναι πως), y otras, en el discurso mismo, por lo que demuestra o parece demostrar” (sc., con sus argumentos retóricos o entimemas).³

Del ἡθος del orador, siempre según Aristóteles, “casi puede decirse que lleva consigo la prueba principal” de un discurso, ya que, en él, el orador aparece como un sujeto digno de confianza, si posee sensatez, virtud y benevolencia hacia los oyentes.⁴ El ἡθος resulta ser, pues, un óptimo medio para lograr la persuasión del auditorio, sobre todo en las circunstancias de un juicio legal o de una sesión política. Escribe Aristóteles en el pasaje citado:

a las personas honradas (ἐπιεικέσι) les creemos más y con mayor rapidez, en general en todas las cosas, pero, desde luego, en aquellas en que no cabe la exactitud, sino que se prestan a duda, si bien es preciso que también esto acontezca *por obra del discurso* y no por tener prejuicado cómo es el que habla.⁵

Tal es, en suma, una importante virtud de la retórica: lograr la persuasión por el ἡθος del orador, no en tanto que persona honrada *a priori*, antes del discurso (como sucede con la *auctoritas latina*), sino precisamente como resultado del mismo. Consideremos ahora el ἡθος del orador del discurso III de Lisias y el contexto de este último en que aquél se manifiesta.

Este discurso representa la defensa de un hombre ateniense, maduro, que nunca antes ha tenido problemas con la justicia,

³ *Rhet.*, I, 2, 1356a 2 ss.

⁴ *Rhet.*, I, 2, 1356a 13-14, y II, 1, 1378a 10.

⁵ *Rhet.*, I, 2, 1356a 6 ss.: τοῖς γὰρ ἐπιεικέσι πιστεύομεν μᾶλλον καὶ θᾶττον, περὶ πάντων μὲν ἀπλῶς, ἐν οἷς δὲ τὸ ἀκριβὲς μὴ ἔστιν ἀλλὰ τὸ ἀμφιδοξεῖν, καὶ παντελῶς. δεῖ δὲ καὶ τοῦτο συμβαίνειν διὰ τοῦ λόγου, ἀλλὰ μὴ διὰ τοῦ προδεδοξάσθαι ποιόν τινα εἶναι τὸν λέγοντα.

quien es acusado por un conciudadano de haber intentado matarlo para quedarse con su joven amante (probablemente un esclavo), contratado por él desde antes.

La pena prevista para el acusado, cliente de Lisias, era severa (el exilio y la confiscación de los bienes) y el jurado, ante el cual aquél pronunció el discurso elaborado por Lisias, fue el Areópago, constituido todavía por ancianos ex-arcontes procedentes de viejas familias atenienses y con una moral bastante estricta.

El caso podía presentar serias dificultades, en particular, desde el punto de vista de la moralidad del acusado: un hombre que parecía incapaz de contener su pasión amorosa, a pesar de su edad, y de dejar al rival el goce de los favores del joven. Así que los jueces no habrían podido nunca identificarse con él, para absolverlo; antes bien, lo habrían visto exactamente como el ejemplo de lo que un hombre de su edad y prestigio no debía ser, una vergüenza para la ciudad, la cual haría bien en desprenderse de él condenándolo al exilio a través de sus jueces. El caso, pues, requería absolutamente del maquillaje caracterológico que tanto se le facilitaba a Lisias.

Para persuadir al jurado de la verdad de los argumentos de su cliente, Lisias creó, entonces, en términos generales, un carácter, un *ἦθος*, estructurado en torno a tres aspectos fundamentales: dignidad, sensatez y buena educación, que aparecen a lo largo de todo el discurso. Sus componentes configuran un conjunto estable de aspectos caracterológicos que dan razón del *ἦθος* del orador como de una *ἔξις*, esto es, una manera de ser de la persona, en sentido aristotélico, que no se pierde ni se transforma si no es por la acción reiterada de un largo proceso educativo.

El cliente de Lisias aparece así como un hombre sabio, pues a menudo se expresa, a lo largo del discurso, con máximas y proverbios, como cuando, para excusarse de su enamoramiento, dice: “enamorarse es propio de todos los hombres, y el mejor y el más prudente es aquel que con el mayor decoro

puede soportar las desgracias”.⁶ Aristóteles, en su *Retórica*, dice acerca de las sentencias que

ellas prestan carácter a los discursos y éstos tienen carácter cuando en ellos la intención (*προαίρεσις*) del orador está clara. Las sentencias hacen este efecto todas, por descubrir al que dice la sentencia, en general, en lo que toca a sus preferencias, de modo que si las sentencias son buenas (*χρηστοί*) también hacen aparecer bueno en sus costumbres (*χρηστοήθη*) al que las dice.⁷

Además, en todo momento y en particular en la sección de las pruebas demostrativas, el orador es lúcido y racional, pues argumenta con inteligencia, agudeza y atingencia; es franco y no pierde ocasión para acusar al demandante de manera directa o indirecta, y es, al mismo tiempo, recatado y lleno de natural pudor y de decencia. Es un enemigo acérrimo de los escándalos y de los chismes, un hombre que gusta de vivir apartado, y es cumplido, en fin, con sus deberes para con la familia (una hermana viuda con su prole femenina) y para con la Ciudad, o sea, con la comunidad de los conciudadanos.

Estos aspectos del carácter del orador lo hacen aparecer como un hombre digno de fe, en palabras aristotélicas, y en él los maduros y ancianos miembros del Areópago son llevados a reconocer a un hombre como ellos, sólo que víctima de la persecución de un hábil y desvergonzado sicofanta.

Hasta aquí, en términos generales, el carácter del orador no se aparta mucho del esquema convencional del hombre sensato (*ἐπιεικῆς*), dotado de virtudes cívicas y bien dispuesto hacia sus oyentes, como cuando confiesa en el proemio del discurso: “como es ante vosotros que comparezco, espero obtener justi-

⁶ Lys., III, 4: εἰδότας ὅτι ἐπιθυμῆσαι μὲν ἄπασιν ἀνθρώποις ἔνεστιν, οὗτος δὲ βέλτιστος ἀν εἴη καὶ σωφρονέστατος, ὅστις κοσμιώτατα τὰς συμφορὰς φέρει δύναται.

⁷ Rhet., II, 2, 1395b 13-18: ἦθος δὲ ἔχουσιν οἱ λόγοι ἐν ὅσοις δῆλη ἡ προαίρεσις· αἱ δὲ γνῶμαι πᾶσαι τοῦτο ποιοῦσιν διὰ τὸ ἀποφαίνεσθαι τὸν τὴν γνώμην λέγοντα καθόλου περὶ τῶν προαιρέσεων, ὥστε, ἀν χρησταὶ ὅσιν οἱ γνῶμαι, καὶ χρηστοήθη φαίνεσθαι ποιοῦσι τὸν λέγοντα.

cia”,⁸ o cuando, al final de su apología, recuerda las acciones meritorias suyas y de su familia hacia la Ciudad (§ 47). En suma, un hombre que Aristóteles habría señalado como confiable para su auditorio y un esquema que tiene el sello del “modelo” o que, cuando menos, se volvió tal en los tratados de retórica en virtud de la eficacia demostrada en los discursos reales pronunciados en los tribunales o en las asambleas.

Allí, los aspectos estables del carácter del orador debían ganarse la confianza del auditorio, precisamente por su estabilidad, y el orador se veía como un hombre que, así como aparecía en el presente, debió haber sido en el pasado y sería, muy presumiblemente, en el futuro. Por ello, tales aspectos justamente, podían fijarse como un lugar común y ser un buen criterio para el εἰκός, por la seguridad que daban y por el favor con que se les recibía. Expresiones como la siguiente del cliente de Lisias, que reza “¿Y cómo es que, si entonces me mantuve tranquilo para no andar por todas las bocas, considerando que su maldad era mi desgracia, después de un tiempo, en cambio, como este individuo sostiene, tuve deseos de que se hablara de mí?”,⁹ o esa otra idea implícita en el § 45 según la cual quien hizo beneficios a la Ciudad en el pasado no podría dejar de recibir ahora la gratificación de los jueces, indican un proceso de intercambio que exige la estabilidad y la inmovilidad de los dos polos, como en la antiquísima ética homérica.

Entonces, para que tuviera credibilidad, su honestidad, el orador debía demostrar que era un hombre de una pieza, constante y previsible en sus actos positivos. Todos podrían volverlo a encontrar allí donde una vez supieron que estaba. Así, podrían contar con él y la Ciudad tener a un ciudadano digno de ella.

⁸ Lys., III, 2: εἰς ὑμᾶς δ' εἰσελθών ἐλπίζω τῶν δίκαιων τεύξεσθαι.

⁹ Lys., III, 30: Καὶ τότε μὲν ἄρα, ἵνα μὴ περιβόητος εἴην, ἡσυχίαν ἥγον, συμφορὰν ἐμαυτοῦ νομίζων τὴν τούτου πονηρίαν· ἐπειδὴ δὲ χρόνος διεγένετο, πάλιν, ὃς οὗτός φησιν, ἐπεθύμησα περιβόητος γενέσθαι;

Así, al lado de estos aspectos estables del carácter del orador de este discurso III de Lisias, que resultaba individualizado en virtud de la mezcla específica de los elementos componentes, es posible vislumbrar, en el desarrollo del propio discurso, la aparición de una serie de estados de ánimo temporales, ocasionales, que corresponden a situaciones específicas y que se pueden identificar, sin duda alguna, con las pasiones ($\piάθη$) aristotélicas, atribuidas por el filósofo a los oyentes (*Rhet.*, II, 1-7). Se trata, por ejemplo, de la vergüenza, del temor y de la confianza. Ellas dan vida al carácter del cliente de Lisias, presentándose en una sucesión progresiva conforme el discurso avanza, y lo enriquecen psicológicamente, impidiendo que parezca convencional, rígido, construido desde afuera y sin autenticidad, al mismo tiempo que lo dotan de un *movimiento* bien justificado por las circunstancias y el contexto. En efecto, el orador pasa de un estado anímico de temor, de inseguridad y de respetuosa humildad frente a los jueces, que es evidente al comienzo de su discurso, a un estado de confianza en sí mismo y en el jurado, la cual se manifiesta después de dos proposiciones testimoniales en su favor, haciendo brotar aquí y allá la ironía del orador respecto del antagonista, como sucede en la sección de las pruebas argumentativas y que, al final del discurso, lo lleva a lanzar un ataque abierto y directo contra el adversario. Es importante recordar que Aristóteles definió tal estado de ánimo como el que es propio de “los que *no* han cometido injusticia contra nadie” (*Rhet.*, II, 1, 1383b 4).

Ahora bien, si colocamos, uno después de otro, algunos de los pasajes del discurso que son significativos para nuestro argumento, podremos hacernos una idea más clara del movimiento afectivo y emocional del que hablábamos antes. Así pues:

“No habría pensado nunca que llegara a un grado de audacia tal que, sobre los mismos hechos por los cuales él debía pagar la

pena, hiciera una denuncia como agraviado...”;¹⁰ y “... me veré obligado a hablaros de asuntos de tal naturaleza que, por vergüenza de que muchos pudiesen conocerlos además de mí, soporté los agravios que recibía”;¹¹ o “No pretendo, oh miembros del Consejo, obtener perdón alguno si soy culpable...”; y “... aunque os parezca que para mi edad me he portado de manera demasiado alocada en relación con el muchacho, os pido que no me juzgueís mal...”.¹² Y, luego, el paso a la ironía en la refutación: “Pero, ¡qué sorprendente que haya pagado por el que iba a ser su amante más de lo que él mismo posee!”;¹³ y “Sostiene... que quedó en muy mal estado. Pero resulta que persiguió al muchacho desde su casa más de setecientos metros sin tener ningún problema, ¡y esto lo niega ante más de doscientas personas que lo vieron!”.¹⁴

Ya la seguridad que el orador tiene en sí mismo se impone al auditorio y, lejos de aquellas sufridas manifestaciones iniciales del proemio, donde él justificaba su inacción frente a las injurias “por vergüenza de que muchos pudieran conocerlas” (§ 3), casi al final de su argumentación defensiva y en un nivel de franca recuperación de la dignidad, fincada en razones lógicas y del todo racionales, sostiene: “no me atreví a acusarlo porque consideraba absurdo (*sic*), que por una simple rivalidad nuestra en cuestión de muchachos, por ello se buscara desterrar a alguien de su patria”.¹⁵

¹⁰ Lys., III, 1: οὐκ ἀν ποτ' αὐτὸν εἰς τοσοῦτο τόλμης ἡγησάμην ἀφικέσθαι, ὥστε ὑπὲρ ὃν αὐτὸν ἔδει δοῦναι δίκην, ὑπὲρ τούτων ὡς ἀδικούμενον ἔγκλημα ποιήσασθαι.

¹¹ Lys., III, 3: ὅτι περὶ τοῦτων πραγμάτων εἰπεῖν ἀναγκασθήσομαι πρὸς ὑμᾶς, ὑπὲρ ὃν ἐγὼ αἰσχυνόμενος, εἰ μέλλοιεν πολλοί μοι συννείσεσθαι, ἡνεσχόμην ἀδικούμενος.

¹² Lys., III, 4: Ἀξιῶ δέ, ὃ βουλή, εἰ μὲν ἀδικῶ, μηδεμιᾶς συγγνώμης τυγχάνειν. [...] ἄλλως δὲ ὑμῖν φαίνωμαι παρὰ τὴν ἡλικίαν τὴν ἐμαυτοῦ ἀνοητότερον πρὸς τὸ μειράκιον διατεθείς, αἰτοῦμαι ὑμᾶς μηδέν με χείρῳ νομίζειν.

¹³ Lys., III, 24: Καίτοι θαυμαστὸν εἰ τὸν ἐταιρήσοντα πλειόνων ἐμισθώσατο ὃν αὐτὸς τυγχάνει κεκτημένος.

¹⁴ Lys., III, 27: Φησὶ [...] διατεθῆναι τυπτόμενος. Φαίνεται δὲ πλεῖον ἢ τέτταρα στάδια ἀπὸ τῆς οἰκίας διώξας τὸ μειράκιον οὐδὲν κακὸν ἔχων, καὶ ταῦτα πλεῖν ἢ διακοσίων ἰδόντων ἀνθρώπων ἔξαρνός ἐστι.

¹⁵ Lys., III, 40: οὐκ ἐτόλμησα αὐτῷ ἐπισκῆψασθαι, ἡγούμενος δεινὸν εἶναι, εἰ ἄρα περὶ παίδων ἐφιλονικήσαμεν ἡμεῖς πρὸς ἀλλήλους, τούτου ἔνεκα ἐκελάσαι τινὰς ζητῆσαι ἐκ τῆς πατρίδος.

El pasaje que sigue, por último, corresponde a la διαβολή final contra el adversario, procesalmente ilegal y que aparece de improviso, como no queriendo el orador, bajo la forma de una figura de preterición, por tratarse de asuntos ajenos a la causa y no consentidos en el proceso areopagítico:

En Corinto, cuando él llegó después de la batalla con los enemigos [...] se peleó con el taxiarca Laques y lo golpeó, y en la movilización general de los ciudadanos fue el único de los atenienses que, por juzgársele sumamente disciplinado y malo, fue públicamente expulsado por los estrategos.¹⁶

Habría mucho más con que ejemplificar, sin duda, pero esto es suficiente para nuestro propósito.

Cabe preguntarse ahora si en la *Retórica* de Aristóteles, por ejemplo, hay manifestaciones o aun solamente indicios de la presencia de emociones o de movimientos del alma en el orador, como estas que hemos reconocido en el cliente de Lisias, quien pasa de la inseguridad a la confianza. La respuesta es negativa con respecto al ἥθος del que habla, pero positiva por lo que concierne a los πάθη de los oyentes o bien a sus ἥθη κατὰ τὰ πάθη κοὶ τὰς ἔξεις (“caracteres según las pasiones y las disposiciones”), que constituyen la tercera fuente de argumentos persuasivos, ο πίστεις, junto con el ἥθος del orador y la argumentación basada en el asunto mismo. Unos y otros (los πάθη y los ἥθη según los πάθη) son ilustrados en el libro II de la *Retórica*, en los capítulos 1-11 y 12-17, respectivamente, los cuales representan un momento avanzado de la evolución del pensamiento aristotélico sobre el arte retórico.

Las pasiones (πάθη) son definidas allí como “las causantes de que los hombres de hagan *volubles* (μεταβάλλοντες) y cam-

¹⁶ Lys., III, 45: Ἐν Κορίνθῳ γάρ, ἐπειδὴ ὑστερὸν ἥλθε τῆς πρὸς τοὺς πολεμίους μάχης [...], ἐμάχετο τῷ ταξιάρχῳ Λάχητι καὶ ἔτυπτεν αὐτόν, καὶ πανστρατιᾷ τῶν πολιτῶν ἔξελθόντων, δόξας ἀκοσμότατος εἶναι καὶ πονηρότατος, μόνος Ἀθηναίων ὑπὸ τῶν στρατηγῶν ἔξεκηρύχθη.

bien en lo relativo a sus juicios (*κρίσεις*), donde es evidente que el estagirita se refiere a los oyentes, en cuanto que de ellas se siguen pesar y placer. Así mismo, por ejemplo, la ira, la compasión, el temor y otras más de naturaleza semejante, y sus contrarias".¹⁷ En cada una de ellas, prosigue el filósofo, hay que distinguir tres aspectos: en qué disposición se encuentran los sujetos que las experimentan, con respecto a quiénes acostumbran experimentarlas y por qué asuntos o en cuál circunstancia.

En cuanto a los "caracteres (sc., de los oyentes) con respecto a las pasiones, las maneras de ser, las edades y la fortuna", podemos concebirlos, con Quintín Racionero,¹⁸ sin que medie ninguna definición de Aristóteles, como "una disposición estable del psiquismo, que mueve a conducirse según clases de comportamientos determinados por criterios tales como la edad, la fortuna, etcétera", que son, por ello, previsibles. Independientemente de que posean alguna connotación moral, como la que se presentaba en las virtudes de la *Ética nicomaquea* o, por ejemplo, aquellas señaladas en la *Retórica*, I, 9, 1366b 1 ss. ("justicia", "valentía", "magnificencia", "magnanimidad", "sensatez", "sabiduría", etcétera), estos caracteres aparecen más bien "como elementos afectivos de las conducta humana natural, con un valor retórico (esto es, denotativo para la persuasión) semejante al de las pasiones".¹⁹

Como se ve, nos encontramos en el ámbito y en la esfera de acción de los oyentes, y es como si estuviéramos refiriéndonos a los jueces en el proceso del cliente de Lisias, pero no a este último, vale decir, al propio orador. Sin embargo, existen algunos pasajes en la *Retórica* aristotélica a partir de los qua-

¹⁷ Ibid., II, 1, 1378a 20 ss.

¹⁸ En la nota 169 de su edición de la *Retórica* de Aristóteles (en traducción española, Madrid, Gredos (Biblioteca Clásica Gredos, 142), 1990, pp. 374-375.

¹⁹ Q. Racionero, ed. de Aristóteles, *Retórica*, p. 376, n. 169. Las cursivas son de la autora de este artículo.

les se puede inferir, con toda legitimidad, la validez de la atribución de estas pasiones y de estos afectos relativamente estables (como lo son los “caracteres con respecto a las pasiones, la edad, la fortuna”) a la propia persona del orador. Y no está por demás observar que, a diferencia de Aristóteles a quien sigue siempre a pie juntillas, Dionisio de Halicarnaso, por el contrario, refiere estas mismas categorías según la edad, la fortuna, etcétera, al carácter del orador, dejando de lado a los oyentes. Pero él no habla de ἥθος τοῦ λέγοντος a la manera aristotélica, sino más bien de πρόσωπον, esto es, de carácter dramático, de personaje, según conviene a un crítico cuyo objeto de estudio es la obra literaria como mimesis de una acción, y no la acción misma, real, de un discurso forense o deliberativo.²⁰ Éste es también el caso del ἥθος que, en una ocasión, Aristóteles hizo equivaler a τὸν ἔχοντα τὸ ἥθος en su *Poética*,²¹ demostrando una vez más la polivalencia semántica que en él posee el término ἥθος.

Los pasajes son los siguientes. En *Rhet.*, II, 13, 1390a 25 ss., se dice:

Así son, pues, los caracteres de los jóvenes y de los viejos; de modo que, como todos (*sc.*, los oyentes) aceptan discursos dichos conforme a su propio carácter (*τοὺς τῷ σφετέρῳ ἥδει λεγομένους*) y los que son semejantes, está bien claro cómo se sirven de los discursos (*i. e.*, los oradores) (*χρόμενοι τοῖς λόγοις*) habrán de presentarse ellos mismos y sus discursos (*τοιοῦτοι φανοῦνται καὶ αὐτοὶ καὶ οἱ λόγοι*).

En *Rhet.*, III, 7, 1408a 17, leemos:

La expresión (*sc.*, del orador) refleja las pasiones si, cuando hay ultraje, se habla enojado; y si ha habido cosas impías y torpes, se

²⁰ Cf. *De Lysia*, 9: καὶ γὰρ ἡλικίᾳ καὶ γένει καὶ παιδείᾳ καὶ ἐπιτηδεύματι [...] καὶ βίῳ καὶ τοῖς ὅλλοις, ἐν οἷς διαφέρει τῶν προσώπων πρόσωπα.

²¹ Cf. 24, 1460a 11, el pasaje dice: “Ομηρος δὲ λίγα προιμιασάμενος εὐθὺς εἰσάγει ἄνδρα ἢ γυναῖκα ἢ ἄλλο τι ἥθος.

habla con indignación y reticencia [...] y si sobre algo lamentable, con humildad [...] Contribuye a la persuasión del asunto también la elocución apropiada; porque el alma (sc., del oyente) deduce erróneamente que el orador habla con la verdad, porque sobre tales cosas los hombres reaccionan de esa manera, así que creen, aun cuando no se halle en tal disposición el orador (*εἰ καὶ μὴ οὕτως ἔχει ως λέγει* ó *λέγων*), que todo es como él dice, y el oyente siempre experimenta *las mismas pasiones que el que las expresa* (*καὶ συνομοπαθεῖ ὁ ἀκούων ἀεὶ τῷ παθητικῷ λέγοντι*), aunque en realidad no diga nada.

Aquí, con οὕτως ἔχει, referido al orador, parece que Aristóteles expresa una disposición anímico-psicológica-afectiva equivalente a una pasión, si se le compara con el διαθεῖναι πως referido al τὸν ἀκροατὴν de *Rhet.*, I, 2, 1356a 3, que denota las pasiones suscitadas en el oyente por el orador.

El tercer pasaje (III, 16, 1417a 18-b6) es bastante extenso y se refiere al estilo de la narración en el discurso del orador, donde es oportuno dejar signos que denoten el carácter (ἥθος), como lo es el hablar por intención y no por cálculo: “Yo quería y me proponía esto...”, y que expresan también las pasiones,²² por ejemplo el decir: “Él se fue después de mirarme de reojo”, o “Así dijo, y la anciana se cubrió con las manos la cara (*Odisea*, XIX, 361)”, pues —dice Aristóteles— los que echan a llorar se ponen las manos sobre los ojos”. En este último caso es más evidente que nos referimos exclusivamente a la elocución, a la expresión de las pasiones, y, además, en terceras personas y no en particular en el orador; pero la recomendación que sigue despeja cualquier duda: “Y en seguida tú mismo has de presentarte de cierta manera (*ποιόν τίνα*), de modo que te consideren tal...”. La interpelación al futuro orador está fuera de duda.

El hecho, en fin, de que muchos de los pasajes pertenezcan al libro tercero de la *Retórica*, que es ciertamente anterior al libro

²² Cf.: ἐκ τῶν παθητικῶν [...] διηγούμενος καὶ τὰ ἐπόμενα [καὶ] ἡ ἵσασι, καὶ τὰ ἕδια ἡ αὐτῷ [σεαυτῷ] ἡ ἐκείνῳ προσόντα.

segundo, citado en el primer ejemplo, pone algunos problemas relativos al material recibido en herencia por Aristóteles respecto de la λέξις y la partición del discurso y a la evolución de su pensamiento, luego de una etapa de rechazo de lo patético y de las pasiones. Pero discutirlos aquí nos alejaría de nuestro tema.

Como hemos visto hasta ahora, en la *Retórica* de Aristóteles podemos encontrar algunos indicios de los ἥθη y de los πάθη referidos a ambos extremos del proceso de comunicación: tanto al orador como a los oyentes. Pero no podemos contestar aún el por qué el filósofo de Estagira pretende separarlos cuidadosamente en esta obra, recurriendo a un riguroso proceso de abstracción, con una sola excepción que parece más bien una sutura (*Rhet.*, III, 1, 1378a 20-21), a diferencia de otros escritos suyos donde hay simbiosis y confluencias o bien contradicciones. En la *Política*, por ejemplo, Aristóteles define el entusiasmo de este modo: ὁ ἐνθουσιασμὸς τοῦ περὶ τὴν ψυχὴν ἥθους πάθος ἔστιν, es decir, “el entusiasmo es una pasión del carácter con respecto al alma”; pero, ¿cómo puede el alma tener un ἥθος, un carácter, que sea estable y excluya el movimiento si ella misma es, por definición, κινητικόν?²³ Asimismo, ¿no provoca el vino mutaciones temporales en el carácter, si ὁ οἶνος πλεῖστα ἥθη ποιεῖ πινόμενος, como afirma Aristóteles en *Problemas*, XXX, 1, 953 a5? ¿Dónde queda, entonces, la estabilidad perdurable del carácter? En fin, si la acción es movimiento (ἡ δὲ ἐνέργεια κίνησις [ἔστιν]) y los πάθη son acción (τὸ ἀναισχυντεῖν γὰρ καὶ μαιμᾶν καὶ τâλλα ἐνέργεια [ἔστιν]),²⁴ ¿cómo es posible aceptar que también ἡ ἐνέργεια ἥθικὸν καὶ ποιεῖ ἥθος (*Problemas*, XXIX, 920a 6) o que τὰ ζῷα μεταβάλλουσι τὰ ἥθη κατὰ τὰς πράξεις (*Metafísica*, 49, 631b 6)? O, por último, que los caracteres dramáticos se formen con la acción, como el estagirita afirma en la *Poética* (66,

²³ Cf. Aristóteles, *De animo*, 2, 404b 8-28, y 3, 406a 17 ss.

²⁴ Cf. *Rhet.*, III, 1, 1419a 9 y 34, respectivamente.

1450a 5-21): τὰ ἥθη λέγω καθ' ἀ ποιούς τινας εἶναι φαμεν τοὺς πράττοντας, etcétera?

He aquí sólo algunas de las contradicciones que se abren en la obra de Aristóteles y que no encuentran ninguna respuesta plausible en la *Retórica* porque allí el filósofo corta tajantemente, separando en el nivel teórico, si bien no del todo en el nivel práctico de la λέξις, el ὥθος del orador de los πάθη de los oyentes. La breve ejemplificación que acabamos de hacer en torno a la relación que ambos elementos afectivos guardan con el movimiento —con la ἐνέργεια y la κύνησις—, negado para el ὥθος del orador en la *Retórica*, parece justificar el planteamiento del problema.

Nuestra respuesta tentativa, en primer lugar, sería la que hemos esbozado cuando comentamos el fondo estable del carácter del cliente de Lisias y se remitirá a la importancia que tiene la persuasión en la retórica. La función práctica de esta τέχνη, el objetivo inaplazable y omnipresente de ganar al público que juzga para la propia causa del orador, al mismo tiempo que vuelve prioritario, al principio, el cuidado al dibujar el carácter moral del que habla, que es “casi la prueba principal del discurso” para Aristóteles, al lado de los razonamientos demostrativos retóricos, impone que aquél corresponda a las expectativas de un oyente por lo común vulgar e ignorante, como aparece en más de un pasaje de la *Retórica*,²⁵ sobre los cuales ejercerá su juicio, al serle presentados de manera esquemática y con características definidas y no cambiantes. La incomprendición de lo que ese público tenga enfrente puede llevar a consecuencias negativas de las que uno —el propio orador, el logógrafo detrás de él y más atrás el compilador de manuales— pueda arrepentirse.

En segundo lugar, podríamos poner la tradición hegemónica de la cultura aristotélica en Atenas, aun en los tiempos de régimen democrático, que favorecía el principio de la conser-

²⁵ Cf. para todos los demás pasajes *Rhet.*, III, 1, 1404a 7-8.

vación del tipo moral, del ciudadano καλός καγαθός, cuyo carácter estable era garantía de confiabilidad.

Ciertamente ya Teognis aconsejaba al joven Cirno que fuera mudable como el pulpo, para adaptarse a las circunstancias y poder sobrevivir en la época de crisis que desde cierto tiempo había comenzado para los nobles, pero ningún lamento es tan fuerte como el de Tucídides cuando refiere las mudanzas de los caracteres en tiempos de la peste en Atenas.²⁶ Carácter inconstante y mudable, y también crisis de valores, afectan profundamente el carácter del pueblo ateniense que, en los procesos y en las asambleas, no va para divertirse, como afirmaba maliciosamente Aristófanes en las *Avispas*, sino principalmente, y con buenos niveles de conciencia política participativa, obligado, para ganarse el pan y mantener las costumbres heredadas.

Acerca de los términos del carácter de ese momento, siglo v a. C.: πολύτροπος, εὐτράπελος, παλίνβολον ἥθος, entre otros, auténticas *voices mediae*, nos contentamos con afirmar que el símbolo emblemático de los tiempos podrían constituirlo las palabras de Tiresias a Creonte en la *Antígona* de Sófocles, cuando dice:

Común a todos los hombres es el equivocarse, pero, una vez cometido el yerro, ya no es un imprudente o un infortunado el hombre aquel que, al incidir en mal, lo remedia y *no se muestra terco. La obstinación incurre en torpeza* (vv. 1024-1028).²⁷

Aristóteles, sin embargo, no puede suscribir tales palabras sin pagar las consecuencias de introducir, en su “manual” sobre los modos de persuasión a través de la claridad lógica, la confusión y la anfibolía que habían caracterizado, a su juicio, a

²⁶ Cf. II, 51-53.

²⁷ ἀνθρώποισι γὰρ / τοῖς πᾶσι κοινὸν ἔστι τοὺξαμαρτάνειν· / ἐπεὶ δὲ ἀμάρτη, κείνος οὐκέτι ἔσται ἀνὴρ / ἄβουλος οὐδὲ ἄνολβος, ὅστις ἐξ κακὸν / πεσὼν ἀκέίται μηδὲ ἀκίνητος πέλει. / αὐθαδία τοι σκαιότητα ὁφλισκάνει. Las cursivas son de la autora.

los sofistas. Él no puede dejar que el tapete argumentativo y persuasivo se le mueva demasiado. El orador debe quedar allá donde se le divise claramente en su moralidad, para poder confiar en él. Que después Lisias, o cualquier otro buen logógrafo, en la práctica de la retórica, jueguen con el fuego, y con su consabida habilidad acerca de los pequeños deslices y movimientos emocionales que dan vida al carácter de sus clientes, es otra cosa.

Solamente cuando la palestra política de la Atenas clásica quedó desierta, llenándose en cambio los espacios familiares en torno a los rétores y a los maestros del tipo de Dionisio de Halicarnaso, en Roma, el ἡθος del orador podrá ser aceptado con una relativa movilidad, al transformarse en πρόσωπον, en personaje dramático, juzgado no por un público interesado en el asunto real, sino en los valores principalmente estéticos, que hay que imitar, del discurso. Ya Dionisio de Halicarnaso escribirá de Lisias algo que, ahora, podemos suscribir sin vacilación: “él mismo crea los caracteres y adapta los personajes al discurso, fidedignos y honestos, proporcionándoles intenciones educadas y sentimientos moderados...”.²⁸ Ἡθος y πάθη μέτρια pueden convivir en el orador, aunque, en otras partes del ensayo, por la fuerza y la autoridad de la tradición retórica aristotélica, Dionisio trata todavía los puntos por separado, como por ejemplo, la ἐνέργεια en el párrafo 7 y la ἡθοποιία en el párrafo siguiente.

Así pues, llegaríamos a la conclusión de que Lisias, quien era un buen observador de la naturaleza humana, un realista y naturalista, según lo reconoce también Dionisio, además de ser un entusiasta frequentador de los agones dramáticos, en la práctica logográfica que busca la persuasión a toda costa y que respeta la partición de los discursos con sus respectivas

²⁸ *De Lysia*, 19, 4: αὐτὸς ἡθοποιεῖ καὶ κατασκευάζει τὰ πρόσωπα τῷ λόγῳ πιστὰ καὶ χρηστά, προαιρέσεις τε αὐτοῖς ὑποτίθεις καὶ πάθη μέτρια προσάπτων [...], ἐξ ὧν ἐπιεικὲς καὶ μέτριον ἡθος φανείη, κατασκευάζων.

funciones (una para el proemio, otra para la narración, otra más para la prueba, etcétera), logra imitar la vida en sus discursos, sin haberse propuesto necesariamente el problema de lograr una mayor persuasión *por los caminos de la mutación psicológica* del protagonista. Éste más bien es, a nuestro juicio, un problema y una contribución moderna de nuestra hermenéutica literaria de los discursos antiguos, que apenas se abría el camino, tímidamente, con críticos como Dionisio de Halicarnaso.